

## EDITORIAL

### ¿A qué vas a la montaña?

*Con frecuencia nos encontramos con personas que nos hacen esta pregunta: ¿A qué vas a la montaña?, o ésta más materialista: ¿Qué ventaja encuentras con andar por la montaña? Muchas de estas personas que nos hacen estas preguntas no encuentran lógico que salgamos a «matarnos a andar», como ellos dicen, y volver a casa con las manos vacías: Si comprenden, según ellos, al cazador o al pescador, pues éstos al menos salen con la pretensión de volver con su preciada carga, aunque algunas veces se vengan abajo sus ilusiones. Pero lo nuestro no les cabe en la cabeza, y casi nunca vale la pena entrar en discusión sobre el tema.*

*Yo entiendo que son varias las razones que nos impulsan a ir a la montaña; para que nos comprendan un poco los que nos tildan de locos, diremos ventajas de tres clases: una de orden material o físico, otra de tipo cultural y, por fin, otra, y la más importante, de tipo moral y espiritual.*

*En cuanto a la primera, son innegables los efectos beneficiosos que el aire purísimo de la montaña proporciona a nuestros pulmones, y sabido es que a pesar de las inclemencias del tiempo que soportamos con frecuencia, son muy poco corrientes los catarros, gripes, etc., entre gente que practica los deportes de montaña. Como todo deporte, desentumece nuestros músculos, prestándolos una agilidad que nos permite mantenernos en forma aunque durante los días laborables estemos inactivos en el deporte.*

*En lo que yo llamo ventajas de tipo cultural o geográfico, aparte los conocimientos más o menos amplios sobre astronomía, uso y manejo de brújula, planos, etc., estoy seguro de que no hay medio más eficaz de conocer nuestra geografía, concretamente la orografía e hidrografía de una región, que «pateando» el terreno. ¡Y qué maravillas se descubren a nuestros ojos! Y, sin embargo, ¡cuánto desconocemos hasta nuestra propia región! Si viajamos en coche o ferrocarril, son medios demasiado rápidos para que nuestra vista repose y se recree en la contemplación de la Natu-*

raleza. Creo que para amar es preciso conocer lo que se ha de amar; por eso mal podremos amar nuestra tierra si no la conocemos y no hay mejor medio que «pateando» a golpe de calcetín.

Por último, a mi modo de ver, la montaña nos proporciona amigos entrañables, y esto casi sin darnos cuenta, porque surge acaso en un momento; puede ser de alegría o de temor ante un peligro, es igual, pero es un momento en que se descubre el corazón y se tiende una mano generosa hacia nosotros, y este corazón y esta mano no se olvidan nunca.

También ayuda la montaña a formar nuestro carácter y espolear nuestra voluntad, siempre tendenciosa a todo lo cómodo, a dominarnos y vernos a nosotros mismos, al fin y al cabo nuestro peor enemigo. Pero sobre todo nos hace abrir mucho los ojos para admirar la grandiosidad de la Naturaleza virgen, ante la cual todos nos vemos obligados a sentirnos pequeños e insignificantes seres. Aquí casi podíamos decir que no es precisa la fé, pues si la definición de la fé es creer lo que no vimos, aquí se presiente, se palpa y se vive la gran obra de Dios. En cualquier momento y circunstancia del día o de la noche, en la calma silenciosa o en la furia de la tormenta, en el radiante amanecer o el llameante crepúsculo, en la cresta nevada o en la fronda del bosque, en el rumor del arroyo, en su soledad. . . , aquí hay que rendirse a la evidencia y dar gracias al Supremo Artífice por permitirnos admirar en toda su grandiosidad lo maravilloso de su obra.

Todo esto me recuerda una frase que leo con frecuencia, con la que se inicia un libro de tema montañoso, que dice así: «¿ A dónde vas? A la montaña. ¿ A qué? A buscar a Dios.»